

¿No es, pues, así como nos trata Jesucristo?
Que nuestra miseria nos haga comprender mejor
su bondad.

4.º En fin, el pobre abandona á su bienhechor,
diciéndole: «¡Ay, si pudiera hacer alguna cosa por
vos! Por lo menos yo pediré por toda vuestra fami-
lia.» Y se marcha gozoso pidiendo por su bienhechor
y deseándole toda suerte de bendiciones.

Hagamos, pues, lo mismo. Pidamos por la familia
de Nuestro Señor Jesucristo. Bendigamos su bondad.
Publiquemos por todas partes su gloria, y ofrezcá-
mosle el homenaje de nuestro corazón y de nuestra
vida...



LA EUCARISTÍA CENTRO DEL CORAZON

Manete in me.

«Permaneced en mí.»

(JOANN., XV, 4.)

I

El corazón del hombre necesita un centro
de afecto y expansión. Al crear al primer
hombre, dijo Dios: «No es bueno que el
hombre esté solo: hagámosle una compañera seme-
jante á él.»

Y la *Imitación de Cristo* dice también: «Sin un
amigo no podrías vivir dichoso.»

Pues bien, Nuestro Señor Jesucristo, en el Santí-
simo Sacramento, quiere ser el centro de todos los
corazones, y nos dice: *Permaneced en mi amor.*
Permaneced en mí.

¿Qué cosa es permanecer en el amor de Nuestro
Señor? Consiste esto en que hagamos de este amor
que vive en la Eucaristía, nuestro centro de vida, el
manantial único de nuestros consuelos; consiste en
entregarse al Corazón bondadoso de Jesús en las pen-
nas, en los disgustos, en las decepciones, en esos
momentos en que el corazón parece rendirse víctima

del mayor abandono. Jesucristo mismo nos invita á ello diciéndonos: «Venid á mí todos los que os halláis agobiados, y yo os consolaré.»

Consiste también en hacer partícipe á Jesucristo Nuestro Señor de nuestra alegría, de nuestra felicidad; pues es una delicadeza de amigo no querer gozar sino con el amigo.

Consiste asimismo en hacer de la Eucaristía el centro de nuestros deseos: Señor, no quiero más que lo que Vos queréis; haré esto ó aquello para agradaros.

Consiste en desear sorprender á Nuestro Señor con algún don, con algún pequeño sacrificio.

Consiste, finalmente, en vivir por la Eucaristía; en guiarnos en nuestras acciones por su pensamiento, y en considerar como ley invariable de nuestra conducta el anteponer su servicio á todo lo demás.

Y siendo esto así, ¿podremos decir que Jesús-Eucaristía sea nuestro centro?

¡Ay! Tal vez lo sea en las penas extraordinarias, en las oraciones más fervientes, en las necesidades que nos apremian; ¿pero en lo ordinario de la vida, pensamos, deliberamos, obramos en Jesús y por Jesús como en nuestro centro?

¿Y por qué Nuestro Señor Jesucristo no es mi centro?

Porque no es todavía el yo de mi yo; porque aún no me hallo enteramente bajo su dominio, bajo la inspiración de su voluntad; porque abrigo deseos en pugna con sus deseos. ¡Jesús no lo es todo en mí, no ha tomado plena y total posesión de mi ser! Un hijo trabaja por sus padres, el ángel trabaja por Dios: yo, pues, debo trabajar por Jesucristo, mi Dueño y Señor.

¿Qué hacer en consecuencia? Entrar en ese centro y en él permanecer y obrar. No para gustar su dulzura, que no depende de mí, sino para ofrecerle de continuo el homenaje de cada acción. Vamos, pues, ¡oh alma mía!, sal del mundo, sal de ti misma, abandona tu habitual residencia. Dirígete hacia el Dios de la Eucaristía. El tiene una morada para recibirte, El te quiere; quiere vivir contigo, vivir en ti. Sé, pues, con Jesús, presente en tu corazón; vive del Corazón, vive en la bondad de Jesús-Eucaristía.

Trabaja, oh alma mía, por imitar á Jesucristo en ti, y nada hagas sino por Él.

Permanece en el Señor, permanece en Él por un sentimiento de abnegación, de desinterés, de santa alegría, pronta siempre á cumplir sus mandatos. Permanece en el Corazón y en la paz de Jesús-Eucaristía.

II

Lo que más me impresiona es que ese centro de la Eucaristía es algo oculto, invisible, muy recóndito é interior; pero es, sin duda, muy verdadero, muy vivo, muy alimenticio.

Jesús atrae espiritualmente al alma en el estado completamente espiritualizado que tiene en el Sacramento.

¿Cuál es, en efecto, la vida de Jesús en el Santísimo Sacramento? Completamente oculta, totalmente interior.

Allí oculta su poder y su bondad; allí no descubre su divina Persona.

Por esto todas sus acciones toman ese carácter sencillo y oculto.

Demanda silencio á su alrededor. Allí no ora al Padre con suspiros y exclamaciones como en el jardín de las Olivas, sino con su propio anonadamiento.

De la Hostia dimanan todas las gracias; Jesús santifica al mundo con su Hostia, pero de una manera invisible y espiritual.

Gobierna el mundo y la Iglesia sin abandonar su reposo ni salir de su silencio.

Tal debe ser el reino de Jesús, completamente interior; es necesario que yo me recoja alrededor de Jesús; mis facultades, mi inteligencia y mi voluntad, mis sentidos en lo posible; es necesario que viva de Jesús y no de mí; en Jesús y no en mí; es necesario que ore con Él, que me sacrifique con Él, que me consuma con Él en un solo amor; es necesario que forme con Él una sola llama, un solo corazón, una sola vida.

Y el alimento de ese centro, la condición para obtenerlo no es sino el *egredere* de Abraham: la desnudez, el abandono de lo exterior, y el paso á lo interior, la pérdida en Jesús. Y esta vida es más arradable á su Corazón, honra más á su Padre; Jesucristo la desea ardentemente. Por esto me dice: «Sal de ti mismo, ven conmigo á la soledad, y te hablaré á solas al corazón.»

¡Ah! esta vida en Jesús consiste preferentemente en el amor; consiste en la entrega de sí mismo, en el empeño de unirse á Él. De este modo se echa raíz, se prepara el alimento, la savia del árbol. *Regnum Dei intra vos est*: El reino de Dios está en el interior de vosotros.

III

Y no hay otro centro que Jesús, y Jesús-Eucaristía.

El nos dice: *Sin mí nada podéis hacer*. Sólo Él confiere la gracia; resérvase Él disponer de ella para obligarnos á que se la pidamos y nos dirijamos á Él.

Por este medio quiere establecer y fomentar la unión con nosotros. Él se reserva el consuelo, la paz, á fin de que en la adversidad, en la guerra recurramos á Él y en Él nos refugiemos. El quiere ser la única felicidad del corazón. No ha colocado este centro de reposo en otro sino en Él; *Manete in me*; y para que no nos falte jamás cuando lo busquemos, Él está siempre á nuestra disposición, siempre dispuesto á nuestro servicio con suprema amabilidad.

Sin cesar nos llama, nos atrae hacia sí; la vida del amor no es otra cosa que esta atracción continua de nosotros á Él.

¡Ay, cuán débil é inconsistente es aún ese centro en mí! Y mis aspiraciones hacia Jesús ¡cuán amalgamadas, raras é interrumpidas con frecuencia durante largas horas! Y, sin embargo, Jesús me lo repite: *Aquel que me ama permanece en mí y yo en él*.





EL BIEN SUPREMO

Mane nobiscum, quoniam advesperascit.

«Permanece con nosotros, Señor, porque se ha hecho tarde.»

(Luc., XXIV, 29.)

Us discípulos que se dirigían á Emaús se sintieron enardecidos, iluminados y conmovidos por la conversación de aquel divino extranjero que se les juntó en el camino.»

Y al querer éste abandonarlos: «Permanece con nosotros—le dicen—porque se ha hecho tarde.»

No se veían satisfechos de oír al Señor, pareciales que al perderle lo perdían todo.

También en nuestros días podemos decir al Señor: ¡Quédate con nosotros, Señor; sin ti se viene encima la noche, la noche horrible!

La Eucaristía, en efecto, es el bien supremo del mundo.

Privarnos de la Eucaristía sería para nosotros la mayor de las desgracias.

I

Si, Jesús es el bien supremo. Con Él, dice la Sabiduría, me han venido todos los bienes. Y San Pablo exclama: «Siendo así que Dios nos ha dado á su Hijo, ¿cómo no nos habrá dado con Él todas las cosas?»

En efecto, nos ha dado todo lo que tiene, todo lo que es; más no pudo hacer, más no pudo darnos. *Omne quod habet, omne quod est, dedit nobis: plus dare non potuit.* (San Agustín.)

Con Jesús-Eucaristía brilla la luz sobre la tierra. Con la Eucaristía tenemos el pan de los fuertes, el viático de los caminantes, el pan de Elías que nos ayuda á llegar hasta la montaña de Dios, el maná que nos hace tolerable el horror del desierto.

Con Jesús tenemos el consuelo, el reposo en las fatigas y agitaciones de nuestra alma, el bálsamo que alivia los acerbos dolores del corazón.

En la Eucaristía encontramos el remedio para nuestros males, el medio de satisfacer las nuevas deudas que diariamente contraemos con la justicia divina por efecto de nuestros pecados: Jesucristo Nuestro Señor se ofrece todos los días como víctima de propiciación por los pecados del mundo.

II

¿Pero estamos seguros de poseer para siempre este don, que está por encima de cualquier otro don?

Jesucristo ha prometido permanecer con su Iglesia hasta la consumación de los siglos; á ningún

pueblo ni á individuo alguno en particular ha hecho tal promesa.

Quedará entre nosotros si sabemos rodear su sagrada Persona del honor y amor que se le deben. La condición es expresa.

Jesucristo tiene perfecto derecho al honor. Él mismo lo exige.

Es nuestro Rey, nuestro Salvador. A Él, pues, el honor que exceda á todo otro honor; á Él el culto supremo de la patria; á Él el honor público: somos su pueblo.

La corte celestial se prosterna en presencia del Cordero immaculado. Aquí en la tierra recibió Jesús las adoraciones de los ángeles cuando acababa de venir al mundo, de las muchedumbres durante su vida, de los Apóstoles después de su Resurrección.

Los pueblos y los Reyes fueron á adorarle.

Ahora bien: ¿en el Sacramento no tendrá Jesús mayores derechos á nuestra veneración, siendo como son mayores los sacrificios y más profundo su abatimiento?

A Él, pues, debemos el honor solemne, la magnificencia, la riqueza, la belleza del culto. Dios había fijado los menores detalles del culto mosaico, y éste no era más que una figura. Los siglos de fe nunca han creído hacer bastante para el esplendor del culto eucarístico; testigo esas basílicas, esos vasos sagrados, esos ornamentos, obras maestras de arte y de riqueza.

La fe obraba maravillas; el culto, el honor que se tributa á Jesucristo dan la medida de la fe de un pueblo, son la expresión de su virtud.

Honor, pues, á Jesús-Eucaristía: ¡es digno de él y tiene perfecto derecho!

Pero Él no puede darse por satisfecho con los honores exteriores. Pide además el culto de nuestro amor: nuestro servicio interior, la sumisión de nuestro espíritu, y todo esto no encerrado allá en las interioridades de nuestro ser, sino manifestado en esas atenciones tan tiernas, tan amables de un buen hijo para con sus padres; de un hijo que, viviendo alrededor de su padre y de su madre, siente necesidad de verlos, de prodigarles testimonios de su cariño; y que, si está lejos de ellos, sufre, languidece; que se presenta apenas necesitan de él, que vuela á la menor indicación, que se adelanta á los deseos de los autores de sus días en lo que está de su parte; en una palabra, que se halla siempre dispuesto á hacer todo aquello que pueda agradar á su buen padre y á su amorosa madre: he aquí el culto del amor natural.

El culto de amor que reclama Jesús-Eucaristía es el mismo. Aquel que ama, busca la Eucaristía, habla con gusto de ella, siente necesidad de Jesús, tiende incesantemente hacia Él, le ofrece todos sus actos, todas las satisfacciones de su corazón, sus alegrías, sus consuelos: de todo esto hace un ramillete para ofrecerlo á los pies de Jesús Sacramentado.

A este precio conservaremos el Santísimo Sacramento, cuya pérdida sería para nosotros el supremo mal.

III

Cuando el sol se pone, le reemplazan las densas tinieblas de la noche; cuando deja de enviar á la tierra sus rayos luminosos, siéntese frío.

Si el amor de la Eucaristía se extingue en el co-

razón, piérdese la fe, reina la indiferencia, y en esta noche del alma salen los vicios como bestias feroces para hacer su presa.

¡Oh desventura sin igual! ¿Qué cosa podría reanimar ya á un corazón frío, tomado del helado soplo de la indiferencia, y al que la Eucaristía no logra hacer entrar en calor?

Y lo que hace Jesucristo con los individuos, lo hace también con los pueblos.

Ya éstos no le aman, respetan ni conocen; se le abandona y desprecia. ¿Qué hará un Rey al verse de tal modo abandonado de sus súbditos?

¡Jesús se va! marcha á un pueblo mejor.

¡Qué espectáculos tan tristes aquellos que nos manifiestan el abandono en que se va dejando á Jesucristo Nuestro Señor! ¡En otro tiempo tuvo un Tabernáculo en el Cenáculo: hoy el Cenáculo está convertido en una mezquita! No teniendo ya verdaderos adoradores, ¿qué había de hacer Jesucristo?

El Egipto y el Africa propiamente dicha, que fueron en otros tiempos la tierra clásica de los santos, habitadas por legiones de santos monjes, hoy han sido abandonadas por Jesucristo; desde que allí no existe la Eucaristía, la desolación reina por doquiera; pero tened seguridad de que Jesucristo ha sido el último en abandonar aquellos países, cuando ya no ha encontrado ni un solo adorador.

¡También esta nube de desolación ha pasado por Europa! Jesús ha sido arrojado de sus templos, profanado en sus altares, sin que haya vuelto á entrar en ellos.

Francia ¹ ha visto disminuir su fe, su amor hacia

¹ Lo mismo podríamos decir de España, y en general

la Eucaristía; y en verdad, ¡cuántas iglesias entregadas á la herejía, en las cuales contó antiguamente Jesucristo con fervientes adoradores! ¡Cuando el amor de éstos se ha extinguido, Jesucristo ha huido! Y no ha vuelto á entrar en ellas.

Lo que causa espanto á los verdaderos fieles es ver hoy, en tantas ciudades, á Jesucristo-Eucaristía abandonado, solo, completamente solo. ¡Y en nuestras aldeas se cierran las iglesias por miedo á los ladrones y porque nadie entra en ellas! ¿Es esto posible? ¿Queremos, por ventura, perder el precioso tesoro de la Eucaristía?

No echemos en olvido que, al marcharse Jesucristo, han de volver los patibulos, la persecución, la barbarie.

¿Quién podrá contener, quién será capaz de conjurar estas públicas calamidades?

¡Oh Señor, permanece con nosotros! ¡Nosotros seremos tus fieles adoradores! ¡Preferible sería el desierto, la mendicidad, la muerte, que el vernos privados de ti!

No nos impongas, Señor, el castigo de verte abandonar el santuario de tu amor.

Permanece, permanece, Dios mío, con nosotros, porque se hace tarde, y sin ti la noche se nos viene encima: *Mane nobiscum, Domine, quoniam advesperascit.*

de todas las naciones católicas de Europa (Nota de la presente edición.)



EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

NO ES AMADO

*Tota die expandi manus
meas ad populum non creden-
tem et contradicentem.*

«Todos los días he tendido mis manos á un pueblo que no cree y me rechaza.»

(Róm. X, 21.)

I

AY de nosotros! ¡Por desgracia es cierto en demasía, que Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento no es amado!

No lo es desde luego por esos millones de paganos, por esos millones de judíos y de infieles, por esos millones de cismáticos y herejes que no conocen ó conocen mal la Eucaristía.

¡Ah! entre tantos millares de criaturas en las cuales ha puesto Dios un corazón capaz de amar, ¡cuántas amarían á Jesús Sacramentado si le conocieran como yo!

¿No deberé yo esforzarme por lo menos en amarle por ellas, en lugar de ellas?

Entre los católicos, pocos, muy pocos aman á Je-